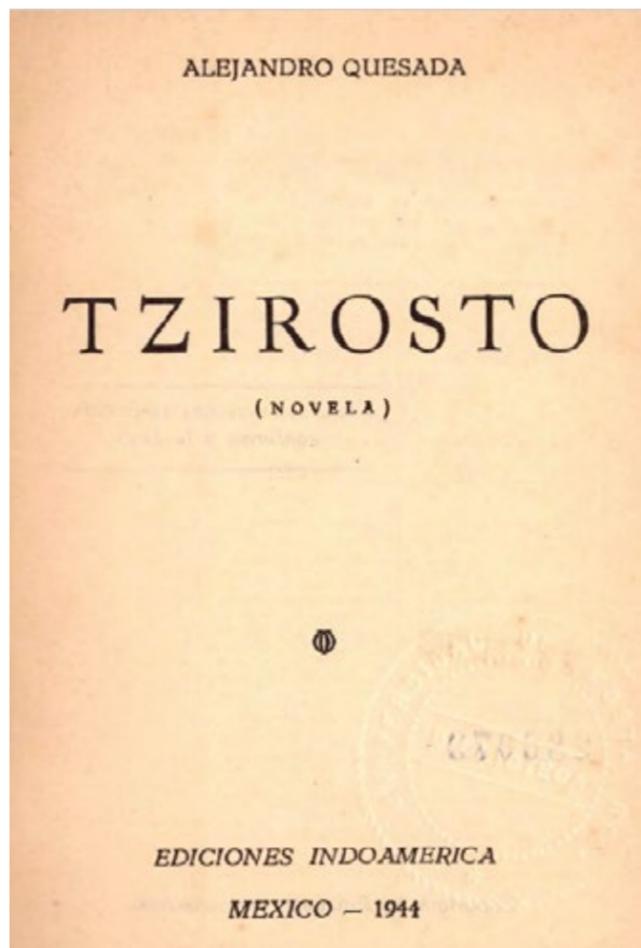


Alejandro Quesada



Ha plantado su tienda lejos de la patria, este muy distinguido narrador. Siente mucho cariño por la tierra y por los seres que en ella van pasando como sombras; unas, sin dejar ni siquiera un recuerdo. Como energías, las otras, sembrando aquí y allá inquietudes y esperanzas que a fuerzas de tratar de no serio se convierten en fecunda realidades.

Alejandro Quesada vive en la hermana República de México. En ella ha sabido inspirarse para escribir las dos novelas suyas que conocemos.

Dice el autor que su libro no es una leyenda michoacana. Afirma que los nombres de los personajes los tomó de la geografía de aquella deliciosa región mexicana, que sueña a los pies de aquel vigilante Jorullo.

Este bello relato tiene las deliciosas ternuras y las crueles injusticias de una leyenda de misterio. Nos encontramos al principio frente a una recia, voluntad, la Pátzcuaro. Pasa por la vida provocándolo como si fuera un río joven que discurre desafiando el rotísimo milenario del bosque.

Arna, adora a Pacanda cuya dulzura indígena es como agua fresca en la labor ruda. Como sombra protectora en el descanso confiado.

Ambos, con su amor que no tiene límites, sacuden la tiranía ancestral de la selva, la hacen su amiga. Ella les enseña que todo absolutamente todo, aún lo imposible, se alcanza con esfuerzo que es constancia. Con amor, que también es constancia.

En medio de la montaña forman su nido. Ninguno de los dos soportaría la angustia de una jaula. Ambos están convencidos de que las aves prisioneras, cuando parece que cantan, se quejan.

Los gritos victoriosos de Pátzcuaro suben, como bejucos, por los cedros que ya han olvidado su juventud perdida en los pliegues del tiempo inexorable.

Al caer la tarde, pasada la lucha con la naturaleza deseosa de negar sus milagrosas cosechas, vuelve Pátzcuaro aliado de Pacanda con suave delicia como la calma invade la cordillera después de un chubasco violento.

La risa de Pátzcuaro es hermosa cual ninguna. Se hace más alegre al contemplar la tierra agrietada por la semilla pujante. A la mujer de sus amores, esperando el arribo del primero de los hijos que ya se anuncia en su cuerpo de curvas melodiosas.

Llega Tzirosto el primero. Alegre, susceptible, ingenioso, intuitivo, sincero. Dotado de una fantasía que hace nacer, en donde le place maravillas de creación.

Llega Zirahúen, el segundo. Fogoso, decidido, temerario, ágil ante el peligro cuya medida nunca ha de hacer.

Llega Cuitzeo el tercero. Moreno, de ojos verdes como una laguna que refleja la calma del bosque que la rodea.

Pasan los años, muchos años, como en los cuentos infantiles. Llega la misteriosa segadora de existencia. Arrebata la de Pátzcuaro, el fuerte, el indomable. Aquella energía, imposible de atenuar es anulada al crear que árbol milenario, derribado, a golpes de constantes jadeo, por su hacha incansable.

Sigue la vida al amparo de la ternura de Pacanda que es, en el hogar, como el reposo del agua que se estremece al caer una hoja seca.

Llega el amor. Eréndira suspira por Zirahúen. La inquietud llena el espíritu de Tzaráracua que adora a Tzirosto.

En toda leyenda hay un instante en el que parece escucharse el paso sigiloso del mal que llega. Enreda, destruye. Luego, se aleja encantado de haber hecho tanto daño.

Aquí es Nocutzepo, rencoroso, cobarde. Casi oscuro de piel profundamente negro de alma. Para ser un perfecto criminal, le falta la única cualidad de los malhechores: la decisión.

Desea a la amada de Tzirosto. Por conseguirla ha de llegar hasta los extremos. Siento, en lo más hondo de su conciencia, la angustia del dolor por la dicha ajena. Se preocupa por hacer creer que Tzirosto, el buen Tzirosto, vino al mundo para ser traidor.

La suerte, que tiene voluptuosidades de orquídea y veleidades de mujer, vuelve la espalda a Tzirosto. Un bejuco que se enreda en el arma suya, se dispara. Hiere, de muerte, al hermano preferido a Zirahúen.

Enloquecido, huye al través de la selva, buscando en la protección. Pierde el rumbo, pasa hambres. Débil cae. Cualquier sitio, mientras la tarde voluptuosa se echa bruces sobre el río, vestida de celajes magníficos.

Es encontrado por unos desconocidos cazadores que lo llevan a su yate de excursión. Allí lo atiende la bella Yuriria: tiene para el desvalido delicadezas de hermana de la caridad.

La enfermera y el enfermo se enamoran. Él sabe que subir a esa cumbre, el amor de Yuriria, es hacer insondables los propios abismos. Sin embargo, se da a aquella pasión que calma sus inquietudes. Espera, de Ella, la serenidad que le es tan necesaria.

Siente la nostalgia del rincón nativo. Hacia allá desea volver con ansias que nunca ha sentido. Es la muerte la que lo atrae con seductora sonrisas de paz eterna. Y en su propia casa, encuentra el final de una vida llena de dolores y de injusticias. Dulcifica el momento de la caída pronunciando el inefable nombre de la amada, de la amante Yuriria.

Por los senderos de la selva tarasca se deslizan las quejas tumultuosas de las Erinias griegas. Ruge el canto odioso de la venganza sin que hubiera motivo alguno para ella. Porque Tzirosto es inocente de todo culpa. Y la horda infernal de las Erinias, ávidas de sangre, ha de transformarse. Por voluntad enérgica de la justicia que no es ni ha sido nunca ciega, cambiará de naturaleza. Será para Tzirosto el coro generoso de las Euménides, la buena doncella de sonrisa triste, único recuerdo de los agravios que, como vírgenes vengadoras, cometieran.

Como se ve, una preciosa leyenda de los bosques misteriosos de América con todos los requisitos que caracterizan esa actividad de la fantasía humana.

Delicados los perfiles femeninos, intensamente femeninos.

Recios los caracteres varoniles, aun cuando se trate de los pocos malvados que en la relación intervienen.

Presente el paisaje en todos los momentos, como si formara el coro en la tragedia injusta de Tzirosto.

Un bello libro cuyo defecto único es, sin duda alguna, el de ser de dimensiones breves.